

Bárcena, F. (2020). *Maestros y discípulos. Anatomía de una influencia*. Ápeiron Ediciones, 213 pp.

«Aunque el *Logos* es común, la mayoría de los hombres viven como si tuvieran una inteligencia propia particular» (cfr. Guthrie, 1984, p. 401) decía el oscuro Heráclito, y Plutarco, siglos después, nos descifraba parcialmente su mensaje: «Heráclito dice que los despiertos comparten un mundo común, pero que cada hombre, cuando duerme, vuelve a un mundo particular.» (cfr. Guthrie, 1984, p. 403). Los dormidos, ignorantes de su aislamiento, viven cada uno en su mundo privado separados del resto por una distancia insalvable porque, para poder acompañar a otros, deben primero acompañarse a sí mismos. Los dormidos están siempre ausentes sin estar en ningún otro sitio porque están siempre ausentes para ellos mismos. Los despiertos, en cambio, allá donde estén, están siempre presentes porque van consigo a todas partes, son contemporáneos que comparten un mundo común y viven en lo abierto que congrega y reúne, y quieren compartir ese mundo *público* también con aquellos que, aún dormidos, parecen revolverse, inquietos, en su sueño.

De personas dormidas y despiertas, de maestros que despiertan amorosamente a otros para compartir un mundo íntimo y, a la vez, común, y de discípulos que despiertan gracias a la mirada y a la palabra del maestro, trata este libro de Bárcena que versa sobre el amor y que, por eso mismo, trata sobre educación, sobre la amorosa influencia de quien es capaz de asistir a otro en el tránsito

de ese segundo nacimiento que es la verdadera formación humana (*Bildung*). Para Bárcena, que en esto se distancia de nuestro tiempo lo necesario para estar a su altura, el arte de enseñar es un *ars amandi* que seduce y convoca a la experiencia de la vigilia compartida, y con este libro rinde un homenaje a esa figura mediadora del espíritu, la del maestro que ayuda a otros a renacer a un mundo común que debe renovarse, y que tanto ha dado que pensar desde antiguo.

En ese *amor socrático* propio del maestro se centra el capítulo segundo, que reflexiona sobre la relación de Sócrates con dos de sus discípulos-amigos, Cármides y Alcibíades. El maestro, como Sócrates, es un seductor honesto que siempre juega a favor del discípulo, al que únicamente atrae hacia él, hacia la casa del maestro, para volverlo hacia sí mismo, para que se cuide de sí mismo. El maestro despierta una *vergüenza filosófica* en el discípulo, como certeramente advierte Bárcena, que consiste en una primera noticia, que el discípulo experimenta como sentimiento que le ruboriza, de que vive dejado de sí mismo, de que no está haciéndose cargo de sí. El discípulo debe ahondar en ese abismo que es su yo para trascender ese mundo privado en el que, sin saberlo, está encerrado como dentro de un huevo del que solo puede eclosionar de ese modo: yendo hacia dentro. El servicio que el maestro presta en esta empresa es ejemplo de nobleza humana no solo porque el único beneficiario de tal empresa común sea el discípulo, sino porque alcanzar el

éxito en ella equivale a extinguirse como maestro (que no como amigo).

Este amor pedagógico es retomado en el capítulo décimo, en el que se insiste en la necesidad de renunciar a cualquier deseo de consumación en dicha relación amorosa, si por «consumación» se entiende algo distinto a su victoriosa extinción. El deseo de consumación amorosa es siempre ajeno a esa relación entre maestro y discípulo porque dicha relación está mediada por aquello que es justamente lo que ambos aman, aquello que es su pasión compartida y que a ellos mismos hace amables: su amor por la verdad y la belleza. Mientras que la contemplación erótica del amado aviva el deseo de engendrar vida en él, en la relación entre amigos aquello que fortalece la mutua *philia* es compartir peripecias y coincidir en gustos, aficiones e intereses. Los amigos no se relacionan entre sí como complementarios, sino que se relacionan entre ellos como consigo mismos. El amigo es como otro yo. Por este motivo hay algo en la relación de amistad que ilumina un aspecto esencial de la influencia pedagógica que la relación erótica y su juego de seducción no consigue aclarar del todo, porque los amigos, como el maestro y su discípulo, son, en efecto, enamorados, pero de aquello que los vincula en una dualidad concordante.

La narrativa de la amistad debe continuar nutriéndose de nuevos motivos y avanzando hacia una mayor penetración que no se consuma, sino que se hace más profundiza. Como decía Cicerón (1996), una amistad a la que se le pone plazo deja de ser *ipso facto* una

amistad. Del mismo modo, posponer una amistad a la espera de que se cumplan ciertas condiciones la somete a unas exigencias inaceptables. No se puede ser amigos *ex hypothesi*. Por ello carece de sentido pensar que maestros y discípulos solo pueden ser amigos después de perder sus respectivos estatus.

El capítulo tercero aborda el misterio o la paradoja de la transmisión educativa. El maestro es quien ha precedido al discípulo, y su enseñanza es el testimonio de lo vivido. Tiene autoridad porque habla de primera mano, como quien ha sufrido en carne propia aquello que enseña. Pero en ningún caso puede legarle al discípulo algún tipo de secreto mágico que facilite o haga más predecible y segura su aventura interior. Lo que *pasa* del maestro al discípulo es solo el signo, lo que está por, pero el discípulo debe, valiéndose de esta especie de testigo, emanciparse del maestro exterior y concebir la verdad en su intimidad, para lo cual debe ser dejado, en algún momento, a solas. En toda iniciación hay un momento de angustia para quien está en tránsito y cree que ha sido abandonado a su suerte, porque nadie puede cruzar el umbral de ese segundo nacimiento en su lugar, ni siquiera el maestro.

Enseñar, como despertar, considerados como actos transitivos, no significan una acción *per se* sino solo *per accidens*, porque solo puede propiciarse el concebir o el despertarse de otro. El maestro no enseña nada *directamente* al discípulo, pero sabe emplear los signos para, dando los rodeos necesarios, apuntar a aquello que ya no puede ser traído a colación. El gesto exagerado, el silencio

elocuente, la respuesta elusiva son algunas de las artimañas que emplea y que guía al discípulo perseverante hasta que está maduro en su interior y cae en la cuenta de aquello que se estaba mostrando sin decirlo como la fruta cae de la rama por su propio peso. Para que esto suceda se requiere confianza y abandono en las manos del maestro, actitud aparentemente acrítica y negligente que solo el amor al saber, que en ese momento adquiere la figura del amor al maestro, puede justificar. El verdadero maestro agujijonea insistentemente con preguntas incómodas; desconcierta al discípulo que siempre le aguarda donde nunca está; ofrece viandas de aspecto poco apetitoso como si fueran golosinas, y termina sacando de sus casillas al discípulo. Y eso es precisamente lo que anda buscando: zarandearlo gracias a ese *magisterio de la turbación*, como indica Bárcena, para que reaccione, para que vuelva en sí y se haga cargo de sí mismo y de la herencia de un mundo humano común que no está hecho de cosas sino de intimidad compartida que debe renovarse generación tras generación. El maestro no le da al discípulo lo que éste le pide porque no ha sido enviado para satisfacer sus deseos de consumidor sino sus verdaderas necesidades, como dice Bárcena por boca de Michael Oakeshott.

Lo que más le llama la atención al discípulo de su futuro maestro no es tanto lo que dice o lo que hace sino cómo lo dice y cómo lo hace. El maestro zen nos exhorta: «cuando comas, come; cuando duermas, duerme», porque habitualmente no estamos en lo que

hacemos; nos salimos por la tangente de ese *hic et nunc* que impone la conciencia del propio cuerpo, de manera que nuestros actos se asemejan a los de un sonámbulo. Mantenerse en lo que se hace exige cierta perseverante vigilancia, cierto esfuerzo continuo como el de quien busca sumergirse y es empujado constantemente hacia la superficie. El capítulo sexto del libro, *La inquietante presencia*, quizá sea el más difícil, pero también el que mejor se adentra en ese misterio de la influencia del maestro. Solo en el aquí y ahora del encuentro se abren y se hacen presentes los espíritus. El maestro se hace presente porque está en lo que hace y dice, en su mirada, en su gesto y en su palabra, y se aparece al discípulo que sabe advertir esa presencia que le inquieta porque viene a poner su mundo patas arriba.

Esta *manía* que provoca el maestro en el discípulo puede parecer, por momentos, que le conduce al desastre, puesto que tiene el efecto de disipar la vanidad del mundo, de revelar la insustancialidad de los intereses mezquinos y de las victorias a corto plazo. El *Eros Mortífero* del que habla Bárcena en el capítulo undécimo asume la figura del maestro-iniciador que, en esa fase de disolución de un mundo contrahecho, hace deambular al discípulo sin norte, desorientado, sin el asidero de lo acostumbrado, de lo socialmente establecido, de las convicciones que había atesorado como pequeños hurtos escondidos, como le ocurre a Aschenbach, el protagonista de *La Muerte en Venecia* que Bárcena recuerda en este mismo capítulo. Aschenbach, a pesar de su sofisticada

educación y su cultura refinada, no es un maestro sino una víctima de ese *Eros* que le somete a una iniciación para la que no está, en absoluto, preparado, y que acabará con él. Aschenbach, enamorado de la belleza prístina de Tadzio, no es capaz de salir airoso de ese trance, probablemente debido a tantos años de estricto régimen burgués basado en la seriedad, la obstinación y la disciplina, que han conseguido anular esa dualidad demoníaca que es propia de la condición humana y que tan bien conocen los maestros, que enseñan que no se debe despreciar a ninguno de los dioses, ni siquiera a *Afrodita Pandemos*, si se quiere evitar la depravación y la locura que su cólera envía.

Y, antes de terminar la recensión de esta obra de la que solo hemos podido glosar, por razones de espacio, una mínima parte de la riqueza de su contenido, queremos detenernos en el epílogo, *Una comunidad de amigos*, y denunciar con el autor la triste situación

que vivimos en nuestras universidades, de las que ha sido expulsada la amistad por una racionalidad económica que solo entiende de competencias profesionales y cosas por el estilo. Para esta racionalidad, la conversación entre amigos que, más allá de las generaciones, forman una comunidad espiritual entregada a la renovación del mundo común, y que constituye la esencia de la universidad, es algo completamente inútil; tan inútil como la llegada de la aurora para aquél que permanece dormido.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cicerón, M. T. (1996). *De Amicitia*. Gredos.
Guthrie, W. K. C. (1984). *Historia de la Filosofía Griega I. Los primeros presocráticos y los pitagóricos*. Gredos. Versión española de Alberto Medina González. 2ª ed.

Javier Pérez Guerrero
*Universidad Internacional
de la Rioja*